



XVI

GRAN día en las Vides aquél que el ayuntamiento señala para la vendimia! El año entero transcurre en preparativos y expectación del hermoso tiempo de la cosecha. La parra se ha vestido de púrpura y oro, pero ya va soltando lentamente parte de su rico ornato, como la desposada sus velos al pie del tálamo nupcial: las avispas se encarnizan en los racimos, avisando al hombre de que están maduros; Setiembre ostenta la serena placidez de sus últimos días: á vendimiar sin tardanza.

Ni Primo Genday, ni Méndez se dan punto de reposo. Hay que atender á las cuadrillas de vendimiadoras y vendimiadores que vienen de distantes parroquias á alquilarse, distribuirles la labor, organizar el movimiento de la recolec-

ción para que resulte armónico y fructuoso. Y es que el trabajo de la vendimia se asemeja algo á una gran batalla, donde se exige al soldado extraordinario desarrollo de energía, despilfarro de músculos y sangre, pero en desquite es preciso tenerle siempre prevenido lo necesario para reparar sus fuerzas en los momentos de descanso. Para que la gente vendimiadora estuviese dispuesta y animada á la penosa faena, importaba que encontrasen á punto, en la bodega, la ancha vasija llena de mosto donde bebiesen á discreción los *carretones*, al llegar exhaustos de subir el pesado *coleiro* ó cestón henchido de uva por las cuestas agrias; importaba que el espeso caldo de calabazo, condimentado con sebo de carnero, las sardinas arenques y el pan de centeno abundasen cuando los reclamaba el apetito devorador de las cuadrillas; á cuyo fin, ni se apagaba el hogar de las Vides, ni nunca se veían desocupados los calderos enormes donde hervía el rancho.

Si á esto se añade la presencia de huéspedes numerosos y distinguidos, se comprenderá el bullicio del caserón solariego en tan incomparables días. Encerraban sus paredes, aparte de la familia Comba, á Saturnino y Carmen Agonde, al joven y afable cura de Naya, al monumental arcipreste de Loiro, á *Tropiezo*, á Clodio Gen-

day, al señorito de Limioso y á las dos señoritas de Molende. Hallábanse allí representadas todas las clases y era como *microcosmos* ó breve compendio del mundo de aquella provincia; atraídos los curas por Primo Genday, los radicales por el diputado, y la aristocracia por el mayorazgo Méndez. Y toda esta gente de tan diversa condición, al encontrarse reunida, se dió á divertirse y gozar en la mejor armonía y concordia.

Al júbilo de los vendimiadores respondía como un eco el de los huéspedes. Era imposible resistir á la expansión báquica, á la embriaguez que se respiraba en el aire. Entre los espectáculos deleitosos que la naturaleza ofrece, no cabe otro más grato que el de su fecundidad en la vendimia: aquellos cestos colmados de racimos rubios ó del color de la cuajada sangre, que hombres fornidos, casi desnudos, semejantes á faunos, suben y vacían en la cuba ó en el lagar; aquella risa de las vendimiadoras escondidas entre el follaje, disputando, desafiándose á cantar desde una viña á otra, desafíos que concluían al anochecer como concluyen todas las expansiones violentas en que se gasta mucho vigor muscular; por desahogos melancólicos, por algún prolongado gemido céltico, algún quejumbroso *a-laá-laá...* La pagana sensación de bien-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

no 1625 MONTERREY, MEXICO

estar, el rústico regocijo, el contentamiento de vivir, se comunicaban á los espectadores de tan lindos cuadros; y por la noche, mientras los coros de faunos y bacantes bailaban al son de la flauta y la pandereta, el señorío se divertía tumultuosamente, con pueriles retozos, en el caserón.

Dormían las señoritas juntas en una gran pieza destartada, la sala del Rosario, y á los huéspedes varones les había alojado Méndez en otra sala muy espaciosa, llamada del *Biombo*, por encerrar uno tan feo como antiguo; sin que de este sistema de acuartelamiento quedase exento más que el arcipreste, cuya obesidad y ronquidos eran tales, que ninguna persona medianamente sensible le podría sufrir por compañero de dormitorio; y con estar así repartida en dos secciones la gente traviesa y maleante, sucedió que vino á armarse una especie de guerra, y que las inquilinas de la sala del Rosario sólo pensaban en hacer travesuras á los inquilinos de la del *Biombo*, resultando de aquí mil chistosas invenciones y divertidas escaramuzas. Entre los dos campos estaba uno neutral: la familia de Comba, respetada en su sueño, invulnerable en materia de bromas pesadas, si bien el bando femenino solía tomar á Nieves por confidente é inspiradora.

—Nieves, venga acá... Nieves, mire qué tonta es Carmen Agonde... Mire... dice que le gusta más el arcipreste, ese barril, que D. Eugeniño, el de Naya... Porque dice que le da mucha risa ver cómo suda, y aquellas rollas de carne que tiene en el cogote... Y diga, Nieves, ¿qué le haremos esta noche á D. Eugeniño? ¿Y á Ramón Limioso, que todo el día nos está desafiando?

La que así hablaba era por lo regular Teresa Molende, morena y hombruna, de negros ojos, buen ejemplar de raza montañesa.

—La de ayer nos la han de pagar—añadía su hermana Elvira, la sentimental poetisa.

—¿Pues qué ha sido?

—Ha de saber V. que encerraron á Carmen ¡son el demonio! La encerraron en el cuarto de Méndez... ¡Lo que no discurren! Le ataron las manos atrás con un pañuelo de seda, le taparon la boca con otro para que no chillase, y me la dejaron allí como el ratón en la ratonera... Nosotros busca que te busca á Carmen, y Carmen sin aparecer... Nosotros echando malos pensamientos... Hasta que va Méndez á acostarse y me la ve allí... Por supuesto que tropezaron con esta boba, que si dan conmigo...

—Lo mismo la encerraban á V.—alegó Carmen.

— ¡A mí! — exclamó la amazona enderezando su robusto cuerpo. ¡Como no fuesen ellos los encerrados!

— Pero si me cogieron la acción... — aseguraba la de Agonde poniendo el rostro compungido de un bebé. — Mire, Nieves, me dijeron así: «Eche las manos atrás, Carmiña, que le vamos á meter en ellas una monedita de cinco duros». Y yo las eché... y fueron tan traidores que me las ataron!

Aquí Nieves hacía coro á las carcajadas de las dos hermanas. Aquella sencillez no se ha de negar que tenía mucho gracejo. Nieves creía vivir en un mundo nuevo donde no existía la rutina, las gastadas fórmulas de la sociedad madrileña. Es verdad que tan candorosos y bulliciosos deportes podían rayar en inconvenientes ó groseros, pero á veces eran verdaderamente entretenidos. Desde que se levantaban los huéspedes, á la mesa, por las tardes, todo era solaz y jarana. Teresa se había propuesto no dejar comer en paz á *Tropiezo*, y con suma destreza cogía al vuelo las moscas y se las echaba disimuladamente en el caldo, ó le escanciaba vinagre en vez de vino, ó le untaba de pez la servilleta á fin de que se le pegase á la boca. Para el arripreste tenía otra chanza: la de hacerle hablar de ceremonias, conversación á que era muy

afecto, y al verle entretenido retirarle de delante el plato, que equivalía á arrancarle la mitad del corazón.

De noche, en el salón de los espejos turbios, donde el piano y las mecedoras campeaban, formábase una brillante tertulia: se cantaban trozos de anticuadas zarzuelas, como *El Juramento* y *El Grumete*; se jugaban partidas de burro escondido y sin esconder, de brisca con señas y de malilla; cansados de los naipes, acudían á las prendas, al florón, á apurar una letra y á adivinar el pensamiento... Y despierta ya la retozona sangre campesina, se pasaba á juegos físicos, á las cuatro esquinas, á la gallina ciega, que tienen la sal y pimienta del ejercicio, del grito, del encontrón y la palmada...

Recogíanse después excitados aún por el juego, y era la hora más tremenda, la de las grandes diabluras: la hora en que se ataban cerillas encendidas al cuerpo de los grillos, para meterlos por debajo de la puerta del dormitorio; la hora en que se quitaban tablas á la tarima de *Tropiezo*, para que, al acostarse, se hundiese y diese formidable costalada... Oíanse por los corredores risas, pasos tácitos, y se veían bultos blancos que se escurrían precipitadamente, y puertas que se cerraban con llave y ante las cuales se amontonaban muebles, mientras salía

de dentro una voz gruesa y pastosa diciendo:

—¡Que vienen!

—¡Cerrar bien, chicas!... ¡No se abre ni al Espíritu Santo!...



XVII

SEGUNDO fué el último en gozar la hospitalidad de las Vides. Como era poco aficionado á juegos y Nieves tampoco tomaba en ellos parte muy activa, encontráranse aislados á no ser por Victorina, que no se despegaba de su madre apenas veía próximo á Segundo, y también por Elvira Molende, que desde el primer instante se adhirió al poeta como la enredadera al muro, dedicándole un repertorio de miradas, suspiros, confidencias y vaguedades capaces de empalagar á un mozo de confitería. Al punto y hora en que Segundo pisó las Vides, perdió Elvira todo el vapor de su animación, y adoptó la acostumbrada postura lánguida y sentimental, que hacía parecer más hundidas sus mejillas y más ojerosos y

marchitos sus párpados. Recobró su andar la melancólica inclinación del sáuce, y dejando á un lado bromas y retozos, se consagró por completo al *Cisne*.

Como hacía luna y eran las noches apetecibles para gozadas, así que se ponía el sol y se acababa el bureo de la labor y las parejas de vendimiadores se reunían á danzar, algunos de los huéspedes se juntaban á su vez en el huerto, especialmente al pie de un paredón que tenía por límite camelios frondosos, ó bien se detenían, al regresar de paseo, en algún lugar de esos que convidan á sentarse y á un rato de plática. Sabía Elvira de memoria muchos versos buenos y malos, por lo regular pertenecientes al género tristón, erótico y elegíaco; no ignoraba ninguna de las flores y ternezas que constituyen el dulce tesoro de la poesía regional; y al pasar por sus delgados labios, por su voz suave, timbrada con timbre cristalino, al entonarlos con su mimoso acento del país, los versos gallegos adquirirían algo de lo que la saeta andaluza en la boca sensual de la gitana: una belleza íntima y penetrante, la concreción del alma de una raza en una perla poética, en una lágrima de amor. De tan plañideras estrofas se alzaba á veces irónica risa, lo mismo que el repique alegre de las castañuelas

suele destacarse entre los sonos gemidores de la gaita. Ganaban las poesías en dialecto y parecía aumentarse su frescura y agreste aroma al decirlas una mujer, con blanda pronunciación, en la linde de un pinar ó bajo la sombra de un emparrado, en serenas noches de luna: y el ritmo pasaba á ser melopea vaga y soñadora como la de algunas baladas alemanas; música labial, salpicada de muelles diptongos, de *eñes* cariñosas, de *x* moduladas con otro tono más meloso que el de la silbadora *ch* castellana. Generalmente, después de haber recitado buen rato, se cantaban canciones: D. Eugenio, que era rayano, sabía *fados* portugueses; y Elvira se pintaba sola para entonar aquella popularísima y *saudosa* cántiga de Curros, que parece hecha para las noches druídicas, de lunar.

Segundo tembló de vanidad cuando, en turno con los de los poetas conocidos y amados en el país, recitó Elvira de corrido la mayor parte de los cantos del *Cisne*, impresos en periódicos de Vigo ó de Orense. Segundo no había escrito nunca en dialecto, y sin embargo, Elvira tenía un libro donde recortaba y pegaba con engrudo todas las producciones del desconocido *Cisne*. Y Teresa, terciando en la animada conversación, delató, con el mejor propósito, á su hermana.

— Esta también compone. Anda, mujer, dí

algo tuyo. Tiene un cuaderno así de cosas suyas, discurredas, escritas por ella.

Recitó la poetisa, después de los indispensables remilgos, dos ó tres cosillas casi sin forma poética, flojas, sinceras en medio de su falsedad sentimental: de esos versos que no revelan facultades artísticas, pero son indicio cierto, infalible, de que el autor ó autora siente un anhelo no satisfecho, aspira á la fama ó á la pasión, como el inarticulado lloro del párvulo declara su hambre. Segundo daba tormento al bigote; Nieves bajaba los ojos y jugaba con las borlas de su abanico, impaciente y aun algo aburrida y nerviosa. Sucedió esto á los dos ó tres días de la llegada de Segundo, el cual todavía no había podido realizar la menor tentativa de decirle á Nieves dos palabras.

—¡Qué señoritas estas tan cursis!—pensaba la de Comba, mientras en voz alta repetía:—
¡Qué bonito, qué tierno! Se parece á unas composiciones de Grilo...



XVIII

No hablaban de versos el mayorazgo de las Vides, ni los Gendays, ni el arcipreste, instalados en el balcón so pretexto de tomar la luna; en realidad para debatir la palpitante cuestión de vendimia.

¡Buena cosecha, buena! La uva no tenía ni señales de oidium: era limpia, gruesa, y tan sazónada, que se pegaba á los dedos lo mismo que si estuviese regada con miel. De seguro valía más el vino nuevo de aquel año que el viejo del anterior. ¡El anterior fué mucho cuento! ¡Que granizo por acá, que agua por acullá!... Estaba la uva abierta ya con tanto llover y sin pizca de sustancia; resultó un vino que apenas manchaba la manga de la camisa de los arrieros...

Al recordar semejante calamidad, Méndez fruncía su arrugada boca, y el arcipreste resoplaba... Y la conversación seguía, sostenida por Primo Genday, que muy verboso, salivando y riendo, recordaba pormenores de cosechas de veinte años atrás, afirmando:

— La de este año es igualita á la del sesenta y uno.

— Lo mismo, hombre, confirmaba Méndez. Lo que es el Rebeco no da esta vez menos cargas; y la Grilloa, no sé, no sé si aun nos meterá en casa seis ó siete más... ¡Es mucha viña la Grilloa!

Después de tan alegres augurios de pingüe recolección, complaciase Méndez en detallar á su atento auditorio algunas mejoras que introducía en el cultivo: tenía ajustada la mayor parte de sus pipas con arcos de hierro, más costosos que los de madera, pero más duraderos y que ahoraban la pesada faena de preparar y domar arcos á cada vendimia: además pensaba instalar, por vía de ensayo, un lagar con no sé qué hidráulicos artificios, que evitasen el feo espectáculo de la uva pisada por humanos pies; y no queriendo tampoco desperdiciar el bagazo de la uva, destilaría un alcohol refinado, que le había de comprar Agonde á peso de oro para remedios...

Al arrullo de las voces graves que discutían importantes puntos agrícolas en el balcón, don Victoriano, un tanto rendido de su expedición á las viñas, fumaba en la mecedora, sepultado en penosas meditaciones. Desde su regreso de las aguas, sentíase cada vez más débil: la efímera mejoría se evaporaba, creciendo la prostración, la bulimia, la sed y la desecación del pobre cuerpo. Recordaba que Sánchez del Abrojo le había indicado cuánto alivio le proporcionaría un ligero sudor, y al observar los primeros días, después de beber el agua sulfurosa, el restablecimiento de esta función de la piel, su alegría no tuvo límites. ¡Mas cuál fué su terror al advertir que la camisa, tiesa y dura, se le pegaba al cutis, como si estuviese empapada en almíbar! Apoyó los labios en un pliegue de la manga y percibió un sabor dulzón. ¡Evidente! ¡Sudaba azúcar! ¡La secreción glicosa era, pues, incoercible, y por tremenda ironía de la suerte, todas las amarguras de su existencia venían á resolverse en aquella extraña elaboración de materias dulces!

Notaba de pocos días á esta parte otro alarmante síntoma. Su vista se alteraba. Al desecarse el humor acuoso del ojo, se le iba empañando el cristalino, y presentábase la catarata de los diabéticos. Don Victoriano sentía escalofríos.

Ya le pesaba haberse puesto en las homicidas manos de *Tropiezo*, y haber tomado las aguas. Indudablemente le erraban la cura. Desde aquel día, régimen severo, dieta de frutas, de féculas, de leche. ¡Vivir, vivir siquiera un año, y ocultar el mal!... Si los electores veían á su diputado ciego y moribundo, iríanse todos con Romero... ¡El bofetón de perder las elecciones próximas le parecía tan humillante!...

Carcajadas argentinas y exclamaciones juveniles que subían del huerto cambiaron el curso de sus ideas. ¿Por qué Nieves no se hacía cargo del grave estado de su marido? Él quería disimular ante el mundo entero, pero ante su mujer... ¡Ah! Su mujer le pertenecía, su mujer debía estar allí sosteniéndole la frente, acariciándole, en vez de gozar y loquear entre las camelias como una chiquilla! Si era linda y fresca y su marido achacoso, peor para ella... Que se aguantase, como era su deber... ¡Bah, qué disparate! ¡Nieves no le quería; no le había querido nunca!

Las risas y el alboroto aumentaban abajo. Era que, agotados los versos, Victorina y Teresa habían propuesto jugar al escondite. Victorina chillaba á cada momento:—¡Tulé... panda Teresa! ¡Tulé... panda Segundo!—Era el huerto muy adecuado para semejante ejercicio, á

causa de su complicación casi laberíntica, debida á estar dispuesto en inclinadas mesetas, sostenidas por paredillas, divididas por tupidísimo arbolado, y comunicadas por escalinatas desiguales, como sucede á las fincas todas en tan accidentado país. Así es que el juego producía gran alborozo, pues difícilmente conseguía el que pandaba acertar con los escondidos.

Procuraba Nieves ocultarse bien, por pereza, por no pandar y tener luego que correr mucho detrás de los demás jugadores. Deparóle la fortuna un refugio soberbio, el limonero grande, situado al extremo de una meseta, cerca de varias escalerillas que favorecían la retirada. Se emboscó, pues, en lo más denso de la gruta de follaje, haciendo por disimular su vestido claro. Breves momentos llevaba allí, cuando la oscuridad aumentó y una voz murmuró muy quedo:

—¿Nieves?

—Eh... chilló asustada.—¿Quién me busca por aquí?

—No, no la buscan á V... Sólo yo la busco, exclamó enérgicamente Segundo, penetrando en el albergue de Nieves con tanta impetuosidad, que los tardíos azahares que aun blanqueaban en las ramas del corpulento árbol soltaron sus pétalos sobre la cabeza de los dos, y gimió armoniosamente el ramaje.

— Por Dios, García, por Dios... No sea usted imprudente... márchese V.... ó dejéme salir... Si vienen y nos encuentran aquí, qué dirán... por Dios...

— ¿Qué me vaya?... pronunció el poeta. Pero señora, aunque me encuentren aquí... no tendrá nada de particular; hace un rato estuve con Teresa Molende allá detrás de un camelio... ó se juega ó no se juega... En fin, si V. lo manda, por darle gusto... Pero antes, dígame V. una cosa que necesito saber...

— En otra parte... en el salón... balbució Nieves, prestando ansioso oído á los lejanos ruidos y gritos del juego.

— ¡En el salón!... ¡Rodeados de unos y de otros!... No, no puede ser... Ahora, ahora... ¿usted me oye?

— Sí, ya oigo, pronunció ella con voz apagada por el temor.

— Pues la adoro, Nieves. La adoro y V. me quiere á mí.

— ¡Chisst! ¡silencio, silencio! Están cerca... Suenan así como pasos...

— No, son las hojas... Dígame que me quiere, y me voy.

— ¡Qué vienen! Por Dios, ¡yo me voy á morir del susto! Basta de broma, García; yo le suplico...

— Sabe V. demasiado que no es broma... ¿Ya no se acuerda V. del día de los fuegos? Si V. no me quisiese, aquel día hubiera apartado el cuerpo... ó gritado... V. me mira á veces... me devuelve las miradas... ¡No me lo puede V. negar!

Segundo estaba al lado de Nieves, hablando con arranque fogoso, pero sin tocarla, por más que la embalsamada y rumorosa celda que ocupaban ambos oprimiese blandamente sus cuerpos, como aconsejándoles aproximarse. Pero Segundo se acordaba de las frías y duras ballenas, y Nieves, trémula, se echaba atrás. Trémula, sí, de miedo. Podía llamar á la gente; pero si Segundo no se desviaba, qué disgusto, qué explicaciones, qué vergüenza. Después de todo, el poeta llevaba razón: la noche de los fuegos ella había sido débil, y estaba cogida. ¿Y qué haría Segundo después de oír el sí? Él reiteraba su orgullosa y vehemente afirmación.

— Usted me quiere, Nieves... V. me quiere... Dígalo una vez, una sola, y me marchó...

Dejóse oír á corta distancia la voz acontratada de Teresa Molende, haciendo una especie de convocatoria...

— Nieves, ¿dónde está? Victoriniña, Carmen... adentro, que cae rocío...

Y otro órgano atiplado, el de Elvira, lanzó á los ecos:

— ¡Segundo! ¡Segundo! ¡Nos retiramos!

Caía, en efecto, esa mollizna imperceptible que refresca las noches calurosas de Galicia; las hojas charoladas del limonero, en el cual se embutía Nieves para desviarse de Segundo, estaban húmedas de relente; el poeta se inclinó y sus manos encontraron otras heladas de frío y pavor... Apretólas hasta estrujarlas.

— O me dice V. si me quiere...

— ¡Pero Dios mío, están llamándonos... me echan de menos... tengo frío!

— Pues dígame la verdad. Si no, no hay fuerzas humanas que de aquí me arranquen... suceda lo que suceda. ¿Tan difícil es decir una palabra sola?

— ¿Y qué he de decir, vamos?

— ¿Me quiere V.? Sí ó no.

— ¿Y me deja V. salir... ir á casa?

— Todo... todo... ¿pero me quiere V.?

El *sí* no se oyó casi. Fué una aspiración, una *s* prolongada. Segundo le deshacía las muñecas.

— ¿Me quiere V... como yo la quiero? Dígalo usted claro.

Esta vez Nieves, con esfuerzo, articuló un *sí* redondo. Segundo le soltó las manos, se llevó las suyas á la boca en apasionado ademán de gratitud, y saltando por las escalerillas, desapareció entre los frutales.



XIX

RESPIRÓ Nieves. Estaba... así... como aturrida. Sacudió las muñecas, doloridas por la presión de los dedos de Segundo, y se compuso el pelo, mojado de rocío y revuelto con el roce del ramaje. ¿Qué había dicho, señor?... Cualquiera cosa, para salir de tan grave aprieto... Ella se tenía la culpa, por apartarse de la gente y esconderse en un punto retirado... Y, con ese deseo de dar publicidad á los actos indiferentes, que acomete á las personas cuando tienen que ocultar algo, gritó llamando á todo el mundo:

— ¡Teresa! ¡Elvira! ¡Carmen! ¡Carmen!

— ¿Dónde está? ¡Nieves! ¡Nieves! respondieron desde varios sitios.

— Aquí... junto al limonero grande... ¡Ya voy!

Cuando entraron en la casa, Nieves, más serena, recapacitaba y se asombraba de sí misma. ¡Decirle á Segundo *que sí!* Ello había salido medio á la fuerza; pero al cabo, había salido de su boca. ¡Qué atrevimiento el del poeta! Imposible parecía que fuese tan resuelto el chico del abogado de Vilamorta. Ella era una dama de distinción, muy respetada: su marido acababa de ser ministro. Y aquella familia de García... ¡Bah!... unos nadies; el padre usaba cada cuello deshilachado, que daba pena; no tenían criada, las hermanas corrían descalzas á veces... El mismo Segundo, á la verdad... se le notaba muchísimo el aire de provincia, y el acento gallego. No, feo no podía llamársele: tenía algo de particular en la cara y en el tipo... ¡Hablabá con tanta pasión! Como si en vez de rogar mandase... ¡Qué aire de dominio el suyo! Y era lisonjero un perseguidor así, tan entusiasta é intrépido... ¿Quién se había enamorado de Nieves hasta la fecha? Cuatro galante-rías, uno que la miraba con los gemelos... Todo el mundo en Madrid la trataba con esa tibieza y consideración que inspiran las señoras respetables...

Por lo demás, no dejaba de comprometerla aquel empeño de Segundo. ¿Se enterarían las gentes? ¿Lo notaría su marido? ¡Bah!... su ma-

rído sólo pensaba en sus achaques, en las elecciones... Con ella apenas hablaba de otra cosa. ¿Y si se hacía cargo? ¡Qué horror, Dios mío! Y las del escondite, ¿no maliciarían?... Elvira se mostraba más lánguida y suspirona que de costumbre... ¡A Elvira le gustaba Segundo! A él... no; él no le hacía pizca de caso... Y los versos de Segundo sonaban bien, eran lindos; podían figurar en *La Ilustración*... En fin... Como antes de las elecciones tendrían que marcharse á Madrid, apenas existía peligro grave... Siempre le quedaría un grato recuerdo del veraneo... El caso era evitar, evitar...

No se atrevió Nieves á decirse á sí misma lo que convenía evitar, ni había dilucidado este punto cuando penetró en el salón, donde la partida de tresillo funcionaba ya. Sentóse la señora de Comba al piano, y tacleó varias cosillas ligeras, polkas y rigodones, para que bailasen las muchachas. Estas le pidieron á voces otra música.

— Nieves, ¡la muiñeira!

— ¡La *riveirana*, por Dios!

— ¿La sabe toda, Nieves?

— Todita. ¿Pues no la he oído en las fiestas?

— Á echarla. Venga de ahí.

— ¿Quién la echa?

— ¿Quién la *repinica*? ¡A ver, á ver!

Alzáronse varias voces delatoras.

—Teresa Molende... ¡juy! Da gusto vérsela bailar.

—¿Y la pareja?

—Aquí... Ramonciño Limioso, que puntea que es un pasmo.

Reíase Teresa, con viriles y sonoras carcajadas, jurando y perjurando que había olvidado la *muñeira*, que nunca la supo á derechas. De la mesa de tresillo se elevó una protesta: la del dueño de la casa, Méndez. ¡Vaya si Teresiña bailaba bien! Que no se disculpase, que no le valía la disculpa: no había en todo el Borde moza que echase la *riveirana* con más salero: es verdad que cada día se iba perdiendo la costumbre y el chiste para estas cosas tradicionales, antiguas...

Cedió Teresa, no sin afirmar por última vez su incompetencia. Y después de recogerse con alfileres la falda del vestido para que no le hiciese estorbo, cesó de reír, y adoptó un continente modesto y candoroso, dejando caer el velo de los párpados encima de sus gruesos y ardientes ojos, inclinando la cabeza sobre el pecho, descolgando los brazos á lo largo del cuerpo, é imprimiéndoles leve oscilación, mientras frotaba una contra otra las yemas del pulgar é índice; y así, andando á menudos pasitos, con los pies

muy juntos, siguiendo el ritmo de la música, fué dando la vuelta al salón con singular decoro y la mirada puesta en el piso, deteniéndose al fin en el testero. Mientras esto sucedía, el señorito de Limioso se quitaba su chaquet rabicorto, quedándose en mangas de camisa, se calaba el sombrero, y pedía un objeto indispensable.

—Victoriña, las postizas.

Corrió la niña y trajo hasta dos pares de castañuelas. El señorito afianzó el cordón entre los dedos, y previo un arrogante repique, entró en escena. Era la propia estampa de don Quijote en lo seco y avellanado, y como al hidalgo manchego, no se le podía negar distinción y señorío, por más que imitase escrupulosamente los torpes movimientos de los mozos aldeanos. Colocóse delante de Teresa, y la requirió con un punteo apresurado, cortés, pero apremiante, análogo á una declaración de amor. Unas veces hería el suelo con toda la planta del pie, otras con el talón ó la punta sola, dislocando el tobillo y haciendo mil zapatetas, al par que tocaba briosamente las postizas, que en manos de Teresa respondían con débil y pudoroso repique. Echando el sombrero atrás, el galán miraba osadamente á su pareja, acercaba el rostro al de ella, la perseguía, la acosaba tiernamente de mil modos, sin que Teresa modificase nunca

su actitud humilde y sumisa, ni él su aspecto conquistador, sus gimnásticos y resueltos movimientos de ataque.

Era el amor primitivo, el galanteo de los tiempos heroicos, revelado en aquella expresiva danza cántabra, guerrera y dura; la mujer dominada por la fuerza del varón y, mejor que enamorada, medrosa; todo lo cual resultaba más picante atendido el tipo de amazona de Teresa y el habitual encogimiento y circunspección del señorito. Llegó, sin embargo, un instante en que el galán asomó bajo el vencedor bárbaro, y en medio de los más complicados y rendidos zapa-teos, dobló la rodilla ante la hermosa, haciendo la figura conocida por *punto del Sacramento*. Fué instantáneo: púsose en pie de un brinco, y dando á su pareja un halagüeño empellón, quedaron de espaldas el uno al otro, pegaditos, acariciándose y frotando amorosamente hombro contra hombro y espinazo contra espinazo. A los dos minutos se separaron de golpe, y con algunos complicados ejercicios de tobillo y algunas vueltas rápidas que arremolinaron las enaguas de Teresa, acabó la *riveirana* y estalló en la sala un motín de aplausos.

Mientras el señorito se enjugaba el sudor de la frente, y Teresa se desprendía la falda, Nieves, alzándose del piano, reparó que en el salón

no se encontraba Segundo. La misma observación, pero en voz alta, hizo Elvira. Agonde les dió la clave del misterio.

—De seguro que á tal hora está en el pinar, ó por la orilla del río... Rara es la noche que no va á dar paseos así, muy extravagantes: en Vilamorta hace lo mismo.

—¿Y cómo se cierra la puerta sin venir él? Ese rapaz es loco, declaró Primo Genday. No vamos á quedarnos todos sin dormir, teniendo que madrugar para las labores, por causa de un casquivano. ¿Eh, me comprenden? Yo cierro y que se arregle como pueda. ¡Ave María de gracia!

Protestaron Méndez y D. Victoriano en nombre de la cortesía y de los deberes de la hospitalidad, y hasta media noche estuvo franco el portal de las Vides, aguardando el regreso de Segundo. Mas como éste no volvía, á las doce fué Genday en persona á poner las trancas á las puertas, diciendo entre dientes:

—Ave Mar... Que duerma al sereno si se lo pide el cuerpo.

Segundo, en efecto, subía hacia el pinar. Encontrábase muy excitado, y juzgaba imposible presentarse delante de gente ni atender á conversación alguna. Nieves, aquella mujer tan respetada, tan bella, le había dicho *que sí!* No

era, pues, vano sueño, ni aspiración propia de un insensato la tendencia á ideales venturas que atormentaba su espíritu, ni la gloria sería inaccesible cuando el amor estaba ya al alcance de su diestra ansiosa y febril, y con extenderla podía tocarlo. Pensando en esto trepaba por la pendiente senda, y recorría delirante el pinar, recostándose á veces en alguno de los negros troncos, embelesado, sin sombrero, bebiendo el aire nocturno, escuchando como en sueños la misteriosa voz de los árboles y la doliente del río que corría á sus pies. ¡Ah! ¡qué momentos de dicha, cuánta suprema satisfacción le prometía aquel amor que halagaba el orgullo, excitaba la fantasía y satisfacía su delicado egoísmo de poeta, ávido de pasión, de goces que la imaginación soñadora abrillanta y la musa puede cantar sin mengua! Todo lo soñado hasta entonces en los versos iba á ser real en la vida; y el canto se alzaría más penetrante, y la inspiración alentaría más poderosa, y las estrofas irían trazadas con sangre, haciendo palpitante el corazón de los lectores!

A despecho del deber y la razón, Nieves le amaba... ¡Lo había dicho! El poeta sonrió desdenosamente pensando en D. Victoriano y sintió el gran desprecio del ideólogo hacia el hombre práctico pero inepto en cosas del alma...

Luego miró alrededor. Triste estaba el pinar á aquellas horas. Y hacía frío... Además debía ser tarde. En las Vides extrañarían su ausencia. ¿Se acostaría Nieves ya? Con estos pensamientos fué bajando por el difícil sendero, y llegó al portal diez minutos después de que la mano solícita de Genday había afianzado la tranca. El contratiempo no alarmó á Segundo: tendría que escalar alguna pared, y casi le agradaba lo novelesco del lance... ¿Por dónde entraría?

Indudablemente el ingreso más fácil era el del huerto, al cual podía descolgarse por un talud muy rápido que formaba el monte: cuestión de arañarse los muslos, de rozarse las palmas, pero de estar en la posesión antes de diez minutos sin encontrarse con los perros que guardaban el patio, ni con gente, por hallarse deshabitada aquella parte, que correspondía al comedor. Dicho y hecho. Volvió atrás y ascendió, no sin trabajo, al montecillo: ya en él, dominaba la solana y buena parte del huerto. Estudió la bajada para no caer sobre la paredilla y fracturarse acaso una pierna. Como el montecillo era escueto y sin vegetación, la figura del *Cisne* se recortaba sobre el fondo del cielo.

Al fijar los ojos en la solana para orientarse, Segundo vió á su vez algo que le turbó los sentidos con suavísimo mareo: algo que le causó

uno de esos sobresaltos deleitosos que agolpan toda la sangre al corazón para repartirla después gozosa y ardiente por las venas. En la penumbra de la solana, entre los tiestos, su vista penetrante distinguía, sin que le cupiese la menor duda acerca de la realidad de su visión, una figura blanca, una silueta de mujer cuya actitud parecía indicar que ella también le había visto, que le observaba, que le aguardaba allí.

Velozmente le dibujó la fantasía los trazos y perfiles de la escena: un coloquio, un divino coloquio de amor con Nieves, entre los claveles y las enredaderas, á solas, sin más testigos que la ya poniente luna y las flores envidiosas de tanta felicidad. Y con un movimiento prontísimo se echó á rodar por la escarpada pendiente, cayendo sobre la dura paredilla. No hizo caso del golpe, de las descalabraduras ni del molimiento de sus huesos: saltó de la paredilla al huerto y buscó el rumbo de la solana. Los árboles frutales le ocultaban el camino, y dos ó tres veces erró la ruta: por fin logró salir al pie de la solana misma, y entonces alzó la vista para cerciorarse de la verdad de la deseada aparición. En efecto, una mujer esperaba allí, ansiosa, vestida de blanco, apoyada sobre el balaustre de madera de la solana; mas ya la distancia no consentía ilusiones ópticas; era Elvira Mo-

lende, con su peinador de percal y el pelo tendido, á guisa de actriz que representa la *Sonámbula*. ¡Con qué afán se inclinaba la pobrecilla! Casi tenía el cuerpo fuera del balcón. Jurara el poeta que hasta le llamaba por su nombre, muy bajo, con ceceo cariñoso...

Y él pasó de largo. Dió la vuelta á todo el huerto, entró en el patio por la puerta interior, que no se cerraba de noche, y llamó estrepitosamente á la de la cocina... El criado acudió, renegando de los señoritos que se recogen tarde porque no tienen que madrugar para abrir la bodega á los pisadores.
